

## *EL JUEGO*

-¡Doorbys! ¡Doorbys!... ¿Qué estás haciendo?

El niño saltó al ser descubierto. Rápidamente su rostro se iluminó cual hoguera bajo penumbras boscosas.

De reojo miró a su "madre" y con premura borró los signos dibujados en arena.

La mujer se acercó y desde su altura de montaña lo contempló amenazadoramente. La montaña ahora se transformaba en águila.

-¡Cuántas veces te he dicho que no debes invocarlos! Niño desobediente... Ven... y, ¡recibe un castigo! ... ¡Doorbys, no huyas!

La voz se apagó. La voz de quien era en verdad la nueva novia de papá y no su madre, como ella pretendía.

Sentado bajo los abedules, susurró improperios y blasfemias. Balbuceos aparentemente inofensivos, pero que estaban dotados de la fuerza de la infancia.

De pronto, *uno de ellos* apareció.

Silencioso como la brisa, llegó a su lado. Por segunda vez en la mañana los nervios de Doorbys eran puestos a prueba.

-Pero, ¡por qué me asustas!

-...

- Habla. ¿Qué quieres ahora?

- Pues nada, ya sabes.... Quiero *jugar*.

Había en la pronunciación de esta última frase algo imperativo.

-¡Aléjate, Yirivos! He tenido suficientes problemas este día. Tú sabes que a *ella* no le gusta que seas mi compañía.

- ¿Y qué importa? Somos nosotros quienes decidimos si somos o no amigos...  
¿No te parece?

Doorbys dudaba. Sabía que a *ella* no le gustaba su relación con los duendes. Sin embargo, cuando él, Doorbys, jugaba con ellos sentía que no había nada más importante.

El Juego. ¡Qué maravillosa creación!

El Juego. Un secreto entre Doorbys y los elementales del bosque.

- Y, ¿qué has decidido?... - impetró el duende.

El pequeño observó a su alrededor, y luego siguió al gnomo, quien sonreía travieso.

-Yukara, Sambañayad, Tihora-sati... Ree Vil... Doones...

A medida que un nombre era proferido, un corazón en algún lugar de Hamirat dejaba de latir, apagándose con él la vida.

El ritual, sin embargo, era extenuante.

Doorbys se sentía mareado. Deseaba volver al hogar.

- Creo que no seguiré jugando... Estoy exhausto, como nunca antes. ¡Ay! ¡Mis manos!... ¡mis manos!

Las manos sangraban.

Los duendes, empero, lo retenían. Con sus dedos de alfiler le impedían alejarse.

-¡No! ¡No te vayas! ¡*Ahora* no!

Decenas. Cientos de voces. Aclamaban al Gran Jugador, al Gran Doorbys.

El niño se sentó otra vez en el pasto húmedo. Los ojos estaban irritados. Las manos temblorosas...

Una voz en su mente dijo "¡No más!". Pero otra vez, incluso contra su voluntad, las manos aprehendían un grotesco muñeco de cera y la voz pronunciaba un nombre; cualquier nombre. Luego alguien moría. Luego se escuchaba la risa de los duendes, cuyos rostros cada vez se parecían más a los demonios.

\*

El padre, Dukali, y la madrastra, Yasseniah, hablaban con Doorbys. O mejor dicho, le apuntaban para lanzar sus retos. ¡No podía ser que estuviese todo el día lejos de su hogar! No sólo era peligroso, sino improductivo. Ya tenía casi ocho años y debía asistir al colegio. ¿Qué esperaba, entonces? ¿Qué la vida se le fuera con premura? ¿Por qué otra vez había faltado a clases? Y... ¿qué era eso del Juego, los duendes, y el Gran Jugador? TONTERIAS DE NIÑO... TONTERIAS QUE SE ESTABAN HACIENDO A SUS BUENOS PADRES ALGO INSOPORTABLE.

Yasseniah *debía* mostrar su autoridad. Increpó a Dukali para que no tolerase más las salidas al bosque.

Incluso fue más lejos que de costumbre, y le exigió a su novio que se tomaran medidas represivas contra el menor.

-Sí, me parece que tienes razón...

Esa fue la escueta respuesta del padre. Yasseniah sugirió que el niño no saliera de su cuarto este fin de semana.

Doorbys sollozaba, y sin decir algo se dirigió cabizbajo a la habitación.

\*

Aburrido entre cuatro paredes, sentía el lento paso de las horas. Algo debería hacer, pues ya estaba echando de menos el Juego. Y a sus verdes amigos.

¿Cómo podía dejarlos de lado?

\*

La solución fue simple. Escapó por la ventana. Era de noche. Todos dormían.

Unos minutos más tarde estaba de vuelta con los seres pequeños, quienes lo aclamaban.

DOORBYS... QUERIDO AMIGO... EL JUEGO... UNA VEZ MÁS... TÚ TIENES EL PODER... EL GRAN JUGADOR...

Las palabras elogiosas lo llenaban de infantil alegría.

- Oh, pobre Doorbys... ¿por qué no llegaste esta tarde?

- No pude hacerlo, aun cuando lo deseaba intensamente. Debía esperar que anocheciera para huir... ¡Esa miserable de mi madrina me impedía estar aquí antes!... Pero ahora duerme... sí, duerme tranquila.

El Juego comenzó. Los nombres fueron pronunciados bajo la sutil luz de la segunda luna de Hamirat y los muñecos confeccionados por los gnomos iban siendo destruidos. Uno a uno. Como las vidas de aquellos que representaban.

-Zamaord... Kailáh Biestre... Ushtiojakath...

El niño detentaba una autoridad que le confería ser al mismo tiempo hacedor-conservador-destructor. Tenía en sus manos la existencia y muerte de aquellos cuyos nombres conocía. Compañeros de escuela, profesores, vecinos...

Pero, algo estaba ocurriendo... Una incógnita que no se había presentado en las otras ocasiones.

¡DOORBIS YA NO TENÍA MÁS NOMBRES EN SU MENTE!

Atónitos los duendes. Atónito el niño.

Sin embargo, una sonrisa se dibujó de improviso en su faz.

- ¡Continuemos!... ¿Cómo no se me había ocurrido antes?

"*Bien, prosigamos...*", decía para sí.

Y el Gran Jugador tomó en sus rojas manitas una muñeca. A continuación pronunció en voz alta el nombre de "mamá".

Segundos después ella moriría, realizando contracciones espantosas que harían que se desfigurase el rostro de papá. Antes que éste se dispusiera a cambiarse de ropa e ir en búsqueda de un médico, Yaseniah había muerto.

La cama era un charco sangriento.

La lógica del Juego - pensó Doorbys - era sencilla. Tal vez, demasiado sencilla.